

Deconstrucción u otredad en el discurso filosófico

CRISTIAN CAMILO VÉLEZ*

Resumen: *El pensamiento de Jacques Derrida ha seguido un trazo reconocible en filosofía, a saber, busca poner de manifiesto la estructura tácita de los conceptos centrales y fundamentales de dicha disciplina, para esto debe someter la filosofía a una crítica y revisión interna rigurosa y difícil. A esta operación de retorsión y desciframiento de lo no cuestionado por la tradición se le llamó deconstrucción. Nuestra motivación aquí es mostrar que la deconstrucción puede ser entendida como una manera de pensar en la otredad de los conceptos filosóficos, y de reconocer lo otro como fundamento de lo mismo.*

Palabras claves: *deconstrucción, discurso, filosofía, texto.*

Abstract: *The thought of Jacques Derrida has followed a stroke recognizable in philosophy, namely, it tries to reveal the structure of the tacit and fundamental concepts of that discipline, to this it must submit philosophy to a rigorous internal review and critic. It was called deconstruction to this twisting and decoding operation about unquestioned things by philosophical tradition. Here, the motivation is to show deconstruction can be understood as a way of thinking about the philosophical concepts of otherness, and to recognize it as another basis of the same.*

Key words: *deconstruction, speech, philosophy, text.*

*Lo que pasa es que la inversión de una frase metafísica sigue siendo una frase metafísica
Heidegger*

¿Cuáles son los límites de la filosofía? ¿Qué se entiende por límite? La filosofía *es* en el límite. Ser en el límite es ser, también, no-más-allá del límite, permanecer en él. Tal es para Jacques Derrida la caracterización de la filosofía. Mas la filosofía es un dominio y un discurso, el único que desde siempre define y ejerce control sobre su propio límite, se hace lugar en ‘lo mismo’. Ella domina el límite, se apropia de su concepto, dice qué es un límite, qué limita o cómo se delimita algo. Con esto cree poder definir el límite propio y también el límite de su otro, pues su otro —ciencia o literatura— es en última instancia lo que determina sus bordes. Un límite en sentido clásico se entiende como ‘término’, ‘confín’, ‘fin’, ‘lindero’. El límite es un ‘hasta aquí’, ‘después de esto otra cosa’, ‘de aquí para allá...’. El

* Filosofía • Universidad de Antioquia; velezspinosa@gmail.com

límite limita, lo limitado es producido entre ciertos bordes perimétricos regulares o irregulares; el límite da forma, constitución, estructura.

La filosofía habla de ella y de otra cosa, de su otro, se relaciona por eso tanto con su *adentro* como con su *afuera*. En este sentido, ¿qué efecto tiene el que desde el afuera provenga un cuestionamiento a sus límites? Si por ejemplo adviene un cuestionamiento de carácter demarcatorio desde el lado de la ciencia, ¿no es esta conducta epistemológica requerida por los mismos filósofos (de la ciencia)? La filosofía hará que esto rebote en su pared ‘oblicua’ e invertirá la naturaleza disciplinaria de la exigencia. Es decir, si la filosofía es el dominio que domina sus propios límites, ¿no sería este afuera absorbido por la filosofía en la medida en que plantea cuestiones filosóficas como poner en duda límites, lo cual es siempre un trabajo del terreno filosófico? El afuera quedaría abarcado por el adentro, sería reapropiado como se reapropia la filosofía de todo lo no-filosófico que al mínimo contacto con ella, ya sea para cuestionarla o distorsionarla, devendrá discurso filosófico.

Ahora bien, Derrida ha intentado pensar en el límite mismo del discurso filosófico, en el límite de su identidad en lo mismo, para asir en su elemento la *otredad* que habita en su discurso. Se tratará entonces de pensar lo otro, o más bien de pensar de otra manera ahondando en la filosofía e intentando atravesarla por los bordes; tal es lo que se llama deconstruir un discurso. Nuestro punto de vista es que la *deconstrucción* es una manera de pensar en la otredad de los conceptos filosóficos, de reconocer lo otro como fundamento de lo mismo, siendo, sin embargo, esta otredad fundante, olvidada al interior del discurso filosófico. Tal cuestión es riesgosa para una disciplina que se ha pensado como autárquica. Mas, pensar en lo otro en el discurso filosófico debe comenzar por explicitar en qué consiste y cómo está construida su apariencia de identidad.

La indagación de Derrida iniciará al modo de un preguntar sobre la constitución de la filosofía en sí misma a partir de determinados límites, lo cual no dejará de exigir tanto un trabajo de cuestionamiento de los fundamentos como de subversión, inversión y trastorno de los mismos. Un cuestionamiento trastornador que, no obstante, no puede venir de afuera de la filosofía. Ella se reapropiaría del cuestionar limitador. La reapropiación del límite aún venido del afuera, consiste en que el afuera toma de la filosofía sus categorías para ‘hablar’ de ella, será por ello un discurso familiar, doméstico, dominado. La filosofía siempre amortiguará, como el *tímpano* de un oído, los martillazos venidos del exterior. ¿Cómo sería posible entonces descodificar sus enunciados sin ser percibidos por su oído? Hay que entrar en silencio pero con violencia, o bien, se podría no entrar sino empezar desde adentro, hacerse oír por un oído desde dentro del mismo.

La deconstrucción derridiana de la filosofía intentará hacerse escuchar desde adentro tomando la filosofía como un gran aparato auditivo. Este un oído, tiene su tímpano, sus cavidades, su martillo. El martillo transmite las vibraciones

sonoras a la cadena de los huesecillos que las llevan hasta el oído interno. Según otra función asignada por la fisiología del oído al martillo, él puede amortiguar los golpes vibratorios y proteger al tímpano de sonidos demasiado fuertes; esto significa que mientras el oído filosófico tiene sus martillos históricos, digamos a manera de ejemplo Nietzsche —quien se sabía a sí mismo el filósofo del martillo—, tal instrumento podrá en una doble operación descalibrar los golpes y servir a la suavización protectora del oído, por lo cual será un oído por sí mismo casi indestructible. El oído filosófico está preparado para recibir en su tímpano, como el tímpano anatómico oblicuo, los golpes más ruidosos del afuera a través del martillo, pero equilibrándolos, amortiguándolos.

El pensamiento de Derrida trata de dislocar el ‘oído filosófico’, de timpanizarlo. Timpanizar (*timpaniser*) es un término que en francés significa al mismo tiempo ‘criticar’, ‘anunciar con bombos’ y alude a un efecto sobre el ‘tímpano’ del oído. Timpanizar la filosofía consistiría en producir un ruido escabroso que estalle el oído filosófico desde adentro del oído, sin llegar a instituir un afuera al cual, como su otro, siempre le sea amortiguado el sonido, reapropiado, y donde la labor no constituiría sino la ocupación de la filosofía con sí misma. Una radical dislocación tendría que iniciarse desde el adentro para ser un verdadero afuera, un adentro y a la vez afuera. A través de una ‘maniobra textual’ dislocar el oído, sin que pueda amortiguar, apagar, impedir los golpes.

La timpanización, funcionando desde adentro del oído filosófico, tendría que operar con el lenguaje filosófico, con sus categorías, con su *logos*. Ahora bien, ocuparse de la filosofía para señalar sus límites sin posibilidad de reapropiación es, para Derrida, usar un *logos* que deja sorda su propia voz. El límite ya no es comprendido como lo que separa el adentro del afuera, lo que define una línea divisoria, sino que es un ‘pasaje’, un ‘a través’. Los límites de la filosofía son pasajes, límite/pasaje: “¿Qué forma puede tener este juego de límite/pasaje, este *logos* que se plantea y se niega a sí mismo dejando sorda su propia voz?”¹ El uso timpanizador del lenguaje filosófico y sus categorías sería puramente ‘estratégico’, uno pseudo-uso., ¿Qué significa señalar los límites para dislocar? Señalar los límites no es igual que marcarlos, los límites siempre han estado allí, desde el origen. Se trata de producir un movimiento en el que los límites se pongan fuera de sí, que sean excedidos, que ellos mismos se excedan, se desdoblen.

Según esto el límite/pasaje como un ‘a través’ quiere decir aquello mediante lo que se desdobra indefinidamente el discurso, dialéctica de lo mismo y lo otro, en la que lo otro al interior de lo mismo deviene un más allá paradójicamente cercano. La deconstrucción intenta descifrar los límites como solidificaciones conceptuales dominantes que sin embargo guardan unos ‘márgenes’. Los márgenes no son simples bordes en blanco como los márgenes de un libro, son más bien

¹ Derrida, J., “Tímpano”, en: *Márgenes de la filosofía*, (Carmen González Marín, tr.), Madrid, Cátedra, 1989, p. 23.

espacios escritos que la conciencia de los textos, la idea de que lo que está escrito es únicamente lo que el autor ‘quiere decir’, mantiene reprimido. Esos elementos son *restos* del exceso al que se conduce el decir del texto. La deconstrucción trata de dislocar y descentrar trabajando sobre los restos, la duplicación oculta que excede sin medida, y en la que lo obliterado da el horizonte que permite que el trabajo textual llegue hasta el punto de su *clausura*. La filosofía contiene lo otro de sí misma a la manera de un amo, dominada y silenciada. Un nuevo pensamiento debe sacar a flote los remantes de este discurso que son sus *otros modos de ser*, para evocar a Levinas.

Por tanto, que la ‘filosofía está en el límite’ querrá decir que se esconde bajo la máscara de la identidad, encubriendo la diversidad y la diferencia consigo misma. Esto no implica sin embargo una conducta apocalíptica del pensamiento en donde la filosofía se viera morir. Pensar en los límites de su discurso, no tiene el sentido de límite como fin, término, hasta aquí, muerte. La deconstrucción sostiene una lectura de la filosofía como un saber que pende de sus límites, y al que no le queda sino un ‘cierre’ a partir de lo mismo, pero donde el cierre no es una finalización, un término, sino en un cierre que consiste en una suerte de muerte no realizable. En este sentido expresa Derrida:

Trato de mantenerme en el *límite* del discurso filosófico. Digo límite y no muerte, pues no creo en absoluto en lo que llaman corrientemente hoy día la muerte de la filosofía (ni por otra parte en ninguna, ya sea del libro, del hombre o de dios; tanto más cuanto que, como cada uno sabe, la muerte detenta una eficacia muy específica). Límite, por lo tanto, a partir del cual la filosofía llega a ser posible, se define como *episteme*, funcionamiento en el interior de un sistema de trabas fundamentales, de oposiciones conceptuales, fuera de las cuales se convierte en impracticable.²

La lectura que Derrida hace de la historia de la filosofía está encausada por las sendas de una crítica, o de una lectura atenta a la luz de los textos de la tradición para capturar el momento de quiebre o de surgimiento de la otredad en el sentido de sus palabras. Se comprende en general su proyecto como ‘crítico-deconstructivo’. La deconstrucción opera abordando el dominio discursivo de la filosofía como encadenamiento de *textos*, por lo que puede ser entendida como un *trabajo textual* que intenta descifrar los elementos sedimentados de la filosofía a través de la conjugación del análisis, la interpretación, la reducción a las aporías pero no limitándose exclusivamente a ninguno de estos procedimientos. En su generalidad la deconstrucción es un trabajo operado en ‘discursos’ en cuanto se presentan en su textualidad, dichos discursos mantienen irreductibles conexiones —digamos implícitas— entre sí, constituyen entre todos un tejido, una red de relaciones, de filiaciones, de diferencias que dan a leer ‘otra cosa’ de lo que se supone dicen.

² Derrida, J., “Implicaciones”, en: *Posiciones*, (M. Arranz, tr.), Valencia, Pre-textos, 1977, p. 12.

Uno de los rasgos estructurales que da a observar Derrida de la filosofía es su carácter de ‘sistema de oposiciones conceptuales’, carácter de binarios u opuestos irreductibles en el que todo el sistema de organización interna se basa inexorablemente. La más vieja y fundamental de dichas oposiciones es, según Derrida, la de lo *inteligible* y lo *sensible*, las demás oposiciones son derivadas: alma/cuerpo, intelecto/sensibilidad, idea/sensación, mental/material, razón/experiencia, mundo verdadero/mundo falso, idealismo/materialismo. En cuanto al funcionamiento, la filosofía establece una red de conceptos y determinaciones heterogéneas cuyo ritmo nunca está exento de trabas, de contradicciones, de indecidibilidad. Pero es precisamente ese juego de las contradicciones y de las oposiciones fundamentales aquello en lo que la filosofía se desplaza y se mantiene.

Así, la deconstrucción es un acontecimiento impersonal que opera sobre los sistemas conceptuales en cuanto registros de escritura, textos. En una carta dirigida a un profesor japonés de filosofía llamado Toshihiko Izutsu, Derrida pone más o menos los elementos principales para tener una idea de lo que significa la deconstrucción. Según nos dice, deconstrucción es el término con que quería ‘traducir’ en su obra *De la gramatología*, los términos *Destruction* y *Abbau* de Heidegger:

Entre otras cosas, yo deseaba traducir y adaptar a mi propósito los términos heideggerianos de *Destruction* y de *Abbau*. Ambos significaban, en ese contexto, una operación relativa a la *estructura* o *arquitectura* tradicional de los conceptos fundadores de la ontología o de la metafísica occidental.³

Notemos el contenido, dice que la *destruction* apunta a una ‘operación relativa’ a la estructura o arquitectura tradicional de los conceptos fundamentales de la metafísica. Esto nos indica que Derrida sigue a Heidegger en la idea de que la filosofía tiene una cierta estructura. No obstante, Heidegger pensaba la filosofía en la estructura diferencial de épocas que habrían respondido a la cuestión del ‘ser’ bajo una determinación de lo ente; en general, la filosofía trata del ser bajo la forma del ser-del-ente y no del ser como tal. Derrida, empero, concibe dicha estructura desde el punto de vista del lenguaje, de un trabajo conceptual con una delimitación y funcionamiento irreductibles: la filosofía sería, entre otras, una ‘estructura discursiva’.

La estructura discursiva que es la filosofía no es homogénea, plana ni continua, sino llena de discontinuidad, trabas e intervalos, es un tejido de diferencias que desarrolla una red de heterogéneas direcciones de interpretación. También se puede decir que las diferencias, y las identidades resultantes de ellas, conforman un texto. Cada ‘sistema filosófico’ es en sí mismo un texto que se abre y se condensa, que se

³ Derrida, J., “Carta a un amigo japonés”, en: *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, (Cristina de Peretti, tr.), Barcelona, Proyecto A ediciones, 1997, p. 23.

estira en la diversidad de sentidos, pero a su vez cada texto se corresponde en otro texto a través de conexiones y forman un gran texto. La filosofía en su totalidad es ese gran texto, un tejido de conexiones indefinidas de sentido. Indefinidas, se dice, para no pensar que no es sino un único texto constituido en el que se pudiera leer ‘de una vez’ aquello que quedó escrito. Más bien es un texto inconstituido, o bien una multiplicidad en lo uno, un doble texto.

Asimismo, se nota que cada texto de la metafísica es dos textos a la vez: uno propone la tesis y otro la niega, la desmiente. Es el ejercicio de poder del logos filosófico instaurado en la identidad sobre la otredad. La identidad es la manera más propia de aparecer del deseo por lo único, por la presencia. En el texto continuado de la metafísica el concepto de *presencia* se eleva sobre los demás conceptos en un ordenamiento sistemático y aparentemente indestructible. Sin embargo en el mismo texto se ha ‘escrito’ la *no-presencia*. La coherencia de la presencia del texto se ve así desdoblada, excedida por lo otro que se le escapa como un ‘resto’, la indestructibilidad *se deconstruye*, la coherencia del sistema, el conjunto de sus articulaciones sostenidas y co-pertenecientes, pierde la consistencia. Ahora bien, en cuanto *estructura* significa que la filosofía tiene una *construcción*. Si recordamos la motivación heideggeriana que tiene la palabra deconstrucción, para Derrida es el referirse a un proceso relativo a la estructura tradicional de los conceptos ‘fundamentales’. Pero, ¿de qué se trata este proceso u operación relativa a lo fundamental? Si bien sabemos a qué se refiere, no sabemos en qué consiste. Lo explicaremos.

Derrida no encuentra en el francés un concepto como *Destruktion* que, al igual que en alemán, no lleve una connotación negativa, destructiva, sin que la pérdida del todo, es decir, que sea ambigua. En francés *destruction* tiene el sentido puramente negativo de aniquilación, demolición. Según nos dice Derrida, él encontró la palabra *déconstruction* casi por azar, ésta correspondería a un vocablo poco usado y con unas significaciones variadas, pero que se acomodaban a su propósito. Entre las significaciones que más se resaltan se encuentran: ‘Desarreglo de la construcción de las palabras en una frase’, ‘desensamblar las partes de un todo’, ‘perder la construcción’.⁴ Así, la *déconstruction* constituiría un proceso que se lleva a cabo en las estructuras, en su construcción. Tal es el hecho de estar compuesta por *dé* y *construction*, en particular el *dé* funciona como una particular negativa respecto a la *construction*, sin que esa presión negativa sea radical como en la destrucción aniquiladora, más bien encuentra allí una doble consistencia: a la vez destructiva y constructiva, un juego de destruir construyendo y construir en la destrucción; devenir construcción diferente de la destrucción: reconstrucción, modificación estructural, deconstrucción.

⁴ Derrida, J., “Carta a un amigo japonés”, *Op. Cit.*, p. 24.

La deconstrucción encierra todos esos momentos. Resaltar los conceptos-movimiento de ‘desarreglo’ de la construcción, ‘desensamblar’ las partes de un todo, y ‘perder la construcción’, señala el carácter de la no pura-negatividad de la deconstrucción. Ahora bien, recordemos que la filosofía es una estructura discursiva, estructura de lenguaje, de donde resulta que la deconstrucción de la filosofía es: desensamblar una estructura de lenguaje, un perder la construcción discursiva. La deconstrucción es inherente a toda construcción discursiva, a todo discurso, llámese científico, estético, político o ético y no sólo filosófico, aunque en Derrida se trate específicamente de deconstruir la filosofía:

‘Deconstruir’ la filosofía sería así pensar la genealogía estructurada de sus conceptos de la manera más fiel, más interior, pero al mismo tiempo desde un cierto exterior incalificable por ella, innombrable, determinar lo que esta historia ha podido disimular o prohibir, haciéndose historia por esta represión interesada en alguna parte.⁵

La deconstrucción es *interior*, interior al sistema deconstruido pero extraña a él mismo, y por ello es un cierto exterior ‘incalificable’. Interior al sistema, esto nos lo indica la expresión ‘perder la construcción’ que, recuerda Derrida, se da en forma *impersonal*, es decir, no es llevada a cabo por un sujeto, un yo, una conciencia agente. *Se deconstruye, deconstruirse*, formas reflexivas que muestran cómo la construcción pierde ella misma su construcción; no es que haya que esperar un momento para deconstruir, con la voluntad subjetiva, sino que una estructura, en sí misma, está deconstruida. Lo que hace falta es comprender cómo llega esto a suceder, comprender cómo se construyó y sacar a flote la construcción, la construcción deconstruida, que es en última instancia el otro texto reprimido o disimulado. El discurso filosófico se deconstruye, la filosofía pierde su construcción, se desbarata, se desmonta, se desensambla.

Derrida evita hablar de deconstrucción en términos de análisis, de crítica y de método. No es análisis desde el punto de vista del análisis que divide un todo hasta una parte elemental; para la deconstrucción no hay un elemento indivisible o núcleo semántico que escape a ser deconstruido. No es una crítica, en sentido kantiano o en sentido contemporáneo, toda crítica es igualmente deconstruible. En cuanto método, habría que pensar una receta, unos pasos o procedimientos que establecen de antemano un orden indeconstruible. El método es una técnica, un modelo instrumental en el que se ejerce un ‘dominio’, y todo dominio es dominado por alguien. La deconstrucción, que es impersonal, no tiene un dominador, nadie la puede parar, ni regular, ni desorientar; es un proceso que ocurre originariamente en una unidad textual o en un sistema conceptual concebido como textualidad. Además, en la deconstrucción no hay regla de procedimiento o un esquema regulado de pasos del cual se sigue la anterior consecuencia, esto es, el estar al

⁵ Derrida, J., “Implicaciones”, *Op.Cit.*, p. 12.

servicio de un agente dominante, que tenga lugar como aquel que deconstruye mediante procedimientos metodológicos. Para Derrida, la deconstrucción es entonces un ‘trabajo textual’, un acontecimiento que ocurre en el texto y, como siempre es posible acceder a un texto, se pensaría que deconstruir es un método de lectura de textos, pero lo de método quedó clarificado; veamos en qué sentido será un ‘modo de acceso’.

Accedemos al texto, lo leemos, una lectura es en sí misma una interpretación y una traducción. ¿Qué hace posible una interpretación? En efecto, siendo consecuentes con lo dicho, una interpretación no es más que la captura de una de las direcciones de los múltiples sentidos diseminados o, lo que es lo mismo, de las reconstrucciones que un texto hace de sí mismo, su deconstrucción. El lector-intérprete es sólo un *dispositivo* más del texto que sirve a su reescritura; por eso para Derrida más que leer o interpretar se trata de reescribir; es un reescribir, desordenar y ordenar un texto a partir de lo obliterado por él, lo reprimido, su doble, o su incesante duplicación. No hay lugar de principio, ni tema, ni posición establecida a seguir, es una estrategia a la *deriva*. La deriva se reorienta sin finalidad, sin teleología ni puntos de anclaje o sedimentos duros que resistan la deconstrucción. Otra forma de significar la deconstrucción en Derrida es como desedimentación: retirar, invertir y neutralizar los conceptos petrificados, los que se dicen fundamentales, el fundamento, el cimiento, la base. Deconstrucción es por esto ‘hacer perder las bases’, mostrar que no hay ninguna base, de allí que no constituya un análisis o una división hasta partes simples ‘fundamentales’. La deconstrucción es una deriva, un movimiento de a-tesis.

En la operación de lectura, el lector dirige su mirada sobre un conjunto de huellas escritas que deben ‘portar’ un sentido, unos significantes que van unidos a unos significados en una cadena lineal de desplazamiento, signos que conforman el tejido del texto, idea de la escritura como sistema de signos escritos. En dicho sistema el lector procura entrar por el ‘principio’ de la cadena, intentando seguir un hilo conductor de ‘tesis’, un ‘orden de razones’, y con el aprehender el sentido último de lo que lee. Tal es lo que se hace tradicionalmente y mediante lo que se han impuesto las lecturas clásicas de autores y textos. El pseudo-procedimiento de Derrida, pues no es ningún procedimiento, no consiste en entrar por el principio en la medida en que él no concibe la escritura como el dominio de ningún orden de razones, sino como diseminación, *différance*, grama, en otras palabras, un juego de desplazamiento, de encubrimientos, de postergaciones de la posibilidad de la presencia de un sentido único. Por eso el abordaje de un texto no pretende seguir una *lectura posicional* que reivindique el conjunto de tesis y a la vez haga apología de lo que se llaman las lecturas clásicas, canónicas y académicas. Hay que transgredir el texto, hay que ir a los márgenes, a los excesos, a los restos, siguiendo más bien una deriva conforme al desplazamiento que se va imponiendo.

Un ejemplo de esto lo da Derrida en *Tarjeta Postal* (1980), en un apartado intitulado “La atesis”, en el que, antes de internarse en una lectura del texto de Freud “Más allá del principio del placer” (1921), dice que rechaza las lecturas posicionales, que siguen la lógica de la posición, la postura, la tesis, el tema. Se trata de leer un texto, como *Más allá del principio del placer*, manteniéndose en su no-límite, dirigirse hacia un no lugar con él, hacia el ‘más allá’. Toda lectura va siempre más allá de lo que se trata, va tras lo excesivo que desborda la lógica de la posición: “Más allá del principio del placer: propondré una lectura selectiva, tamizante, discriminante. [...] Quisiera leer la estructura no posicional de *Más allá*... su fundamento a-tético de última instancia, incluso de instancias a secas”.⁶

Hay que leer, pues, sobre la no-tesis, la no-postura, en una deriva atética que, sin embargo, no deja de cambiar de direcciones, de fugas, de anclajes, de reabordajes, puntos de suspensión que frenan o que relanzan la lectura en un movimiento indefinido desplazatorio:

Deriva designa un movimiento demasiado continuo: más bien indiferenciado, demasiado homogéneo, parece alejarnos sin sacudimiento de un origen supuesto, de una orilla una vez más, de un borde de trazo indivisible. Pero la orilla se divide en su trazo mismo, y hay efectos de anclaje, desmoronamientos de borde, estrategias de abordaje y de desbordamiento, estructuras de atadura o de amarre, lugares de reversión, de estrangulamiento o de *double bind*. Son constitutivos del proceso mismo de la atesis, y hay que dar cuenta de ellos, por lo menos si es que hay aquí que leer tal acontecimiento y contar con él.⁷

Así pues, como una tesis es una postura, Derrida no se arriesga a leer conforme a la tradición pues debería empezar anunciando sus posibles posturas y temas, en cambio propone como su posición una aposicionalidad. La aposicionalidad debe ver en el fondo los puntos fijos que han marcado un camino de lectura solidificada, la lectura académica de tal o cual autor; ello significa reconocer ciertas *instancias* y operar en ellas el desciframiento de las *restancias*, esto es, lo que resta, lo que queda, el resto, el margen. Hay que trazar un ‘propio’ camino, aunque trazarlo es siempre impropio; él se traza, hay trazas, marcas, huellas que se difieren.

En suma, si Derrida dice deconstruir la filosofía, lo dice de forma estratégica y no metodológica, estrategia que debe conectarse desde el interior de un sistema conceptual con su trabajo textual. Por consiguiente, la deconstrucción es un trabajo textual estratégico interno a los sistemas discursivos que ya por sí mismos se deconstruyen, se duplican, están a la deriva redireccionándose, reestructurándose, reinterpretándose, reescribiéndose, y donde el lector es un mero dispositivo adjunto a la operación.

⁶ Derrida, J., *La tarjeta Postal: de Sócrates a Freud y más allá*, (Tomás Segovia, tr.), México, Siglo XXI, 1986, p. 250.

⁷ *Ibid.*, p. 251.

La subjetividad del yo que ha perdido el dominio del decir y del sentido del texto cede su lugar al habla del texto mismo, ya no desde una especie de conciencia vigilante e identitaria sino un inconsciente activo que descifra nuevos sentidos. La lectura de la tradición que Derrida llama deconstrucción es, pues, una labor de retorsión para hacer ver que las tesis y las posturas clásicas se pueden leer de otro modo, o bien que manifiestan la ‘otredad’ en ‘lo mismo’; lecturas que hacen surgir los elementos borrados, reprimidos, obliterados. Derrida se las arregla para someter la filosofía al ruido de sus propios martillazos, para que se reviente su oído, para dejarla atónita, para hacerla su propio enemigo.

Bibliografía

- Derrida, J., *Posiciones*, (M. Arranz, tr.), Valencia, Pre-textos, 1977.
- _____, *La tarjeta postal: de Sócrates a Freud y más allá*, (Tomás Segovia, tr.), México, Siglo XXI, 1986.
- _____, *Márgenes de la filosofía*, (Carmen Gonzáles Marín, tr.), Madrid, Cátedra, 1989.
- _____, *Sobre un tono apocalíptico adoptado recientemente en filosofía*, (Ana María Palos, tr.), México, Siglo XXI, 1994.
- _____, *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, (Cristina de Peretti, tr.), Barcelona, Proyecto A ediciones, 1997.
- _____, *De la gramatología*, (Oscar del Barco y Conrado Ceretti, trads.), México, Siglo XXI, 2003.
- Descombes, V., *Lo mismo y lo otro*, (Elena Benarroch, tr.), España, Cátedra, 1982.
- Ferraris, M., *Introducción a Derrida*, (L. Padilla López, tr.), Buenos Aires, Amorrortu, 2006.
- Peñalver, P., *Deconstrucción. Escritura y filosofía*, Barcelona, Montesinos, 1990.